

El laico en la escuela: de la realidad a la utopía

CARLOS DÍAZ

1. LA REALIDAD Y LA UTOPIA

En el fondo de la pedagogía que opta en serio por la enseñanza habrá siempre presencia de utopía, con su doble y enigmática carga de búsqueda de perfección, y de obligada permanencia de aquello que es motor de lo que se va alcanzando.

Hay utopías más acertadas y otras más descabelladas, pues con esto ocurre como con todo lo demás, pero no cabe despreciar en modo alguno la utopía apelando a la realidad, pues reducirse a la realidad es a veces frenar su posible enriquecimiento o perfeccionamiento: «Cuano el dedo señala a la luna, el imbécil mira al dedo», dice el proverbio chino. En realidad, cuando la utopía tiene fuerza, eleva a la realidad: Sancho acabó creyendo en la ínsula Barataria, pero Don Quijote, entre sobrinas, barberos y demás, volvió finalmente a acercarse a la realidad. No hay realidad sin utopía, ni utopía sin realidad. Al utópico hay que recomendarle el trato con realistas, y viceversa.

Los ha habido, en efecto, que han querido en materia educativa *chercher l'homme*, y han pensado que la escuela tenía por misión lograr un tipo de humanismo integral capaz de transformar a partir de él al hombre. «Aprendan los niños a ser hombres, y cuando lo sean declárense en buena hora

en rebeldía», decía Ferrer y Guardia¹. Otros han preferido preparar la escuela saneando los cimientos sociales, optando primero por una sociedad sin clases, en la transformación cualitativa de la sociedad; los hay que han puesto el acento en la transformación interior como paso previo para una mayor revolución pedagógica; finalmente, tampoco faltan quienes (y es particularmente mi caso) creemos que el cambio cualitativo tiene que ser doble, a la vez individual y comunitario, al mismo tiempo interior y estructural, sin que parcela alguna pueda quedar al margen del proceso de transformación.

Por dos excesos se pierde también el pedagogo: Por exceso de realismo y por abdicación excesiva de utopía, estando la virtud en no incurrir en exceso nefasto alguno. Ocurre, en cualquier caso, que la virtud es cosa que se gana y se pierde de día a día, aunque el virtuoso «con solera» tenga más fácil la permanencia en el hábito bueno en que la virtud consiste.

Dicho sea todo esto porque, cuando se trata del educador cristiano, ha de ser tenido muy especialmente en cuenta.

Pues bien, en el año 1982 la Sagrada Congregación para la Educación Católica con sede en Roma publicó el documento intitulado «El Laico Católico Testigo de la Fe en la Escuela», escrito fuerte que arrastra al que lo lee y que, por estar desarrollado en clave de utopía positiva, puede sorprender al que se lo tome como mera y simple descripción de la realidad. En mi opinión, todo lo que allí se afirma es una brava sistematización del *deber ser*, de cómo habría de comportarse el laico católico en la escuela, si bien, por desgracia, y por inevitable fragilidad humana, las realidades pedagógicas de cada día no se avienen en su integridad ni se acompañan a ese deber ser.

Así que, después de la lectura del texto antes mencionado haría muy mal el educador laico católico que tuviese la tentación de rechazo del deber ser y que dijese pancescamente con Lord Macaulay: «Prefiero una fanega de tierra en el condado de Middlesex a un principado en Utopía.» Porque sólo cuando Utopía fuera un país literario y de mera ficción, sólo entonces habría que preferir la fanega de tierra en cualquier sitio. Sólo, en efecto, cuando en la Utopía literaria el gobernador comience por llamarse «A-demos» (Príncipe sin pueblo), y el río que debería bañar la ciudad se denomine An-hidris» (Río sin Agua), sólo ahí habrá que reconocer que U-topía (Lugar

¹ «Este pretendido neutralismo —dice Ramón Safón— implica, al menos, dos consecuencias. Primero, que en la escuela se borran las diferencias de clases sociales, lográndose así la reconciliación moral de las clases (Comte), la "humanidad verdaderamente fraternal" (Ferrer), el "espíritu común" (Giner) que una a los hombres por encima de sus posiciones sociales... Segundo, puesto que la escuela ha quedado definida como superadora del conflicto de clases, lo que de ella salga dependerá exclusivamente de la capacidad individual» (Safón, R.: *Op. cit.*, pp. 13-14).

del No-lugar) coincide, al fin y al cabo, con un País de Nadie (No-land), tal y como se titulara una de las obras de ciencia ficción más famosas de la Inglaterra del siglo XVIII. Toda esta serie de frustraciones de la ficción literaria no tiene, sin embargo, *nada en absoluto* que ver con la Utopía cristiana que, como se dirá más adelante, es *la única* utopía realizada, donde lo máximamente real y lo máximamente utópico coinciden en Jesús de Nazareth.

Por lo demás, tengo un conocido que, como es bien sabido entre sus amigos, no es ningún «Caballero de reconocida prudencia» distinguido por despreciar todas las alturas y por no entender nada de ellas, de suerte que sus bienquerientes han de recordarle de cuando en cuando que la tensión hacia lo alto parte de la realidad, o, por decirlo más tautológicamente, que la realidad es la realidad (frase muy distinta a esa otra hortorada tan usual del *business is business*). Quien, como el mal educador, se queda en las nubes (las cuales son la utopía falsa) no es pedagogo; en más de una ocasión se hace resultar pesimista al que ha vivido largo tiempo con un optimista, de manera que, según nos recuerda ese estilista excepcional que es José María Cabodevilla, al final termine el ex optimista diciendo: «Pasado mañana es lunes.» Y así también a algunos les ocurre que sus abatimientos, tan frecuentes, acaban siendo más desgraciados que los de otros amigos más estables, los cuales, de mayor homeotermia emocional, saben capear el temporal mejor.

Cuentan de un ministro francés que, llevado en presencia de una inundación que arruinó las tierras de su país, no tuvo fuerzas para decir más que: «¡Cuánta agua!», exclamación comprensible cuando se toma conciencia de la complejidad y de la magnitud de los problemas, respecto de los cuales la única tarea posible en ocasiones es coger humildemente un cubo en las propias manos, y tratar de ir achicando sin prisa, pero sin pausa, el agua en la medida del entusiasmo y del humilde esfuerzo, sin la pretensión de restaurar de inmediato un desorden tan hondo. También, por cierto, en España tendríamos que añadir al asombro del francés la exclamación subpirenaica: «¡Cuánta sequía, qué enorme aridez, qué ausencia de sombra donde reposar, qué paramera!», y eso sin contar con que a su vez acecha el peligro de añadir asombro sobre asombro, cuando a la sequía le dé por seguir la ocasional tromba de agua o la negra granizada, las cuales, con la inapelable fuerza de los hechos, vendrán a añadir nuevas catástrofes a las antiguas, no contribuyendo en modo alguno a mejorar la situación anterior: Desgraciada climatología espiritual es la nuestra, en un país que busca, sin encontrarla, la temperatura más adecuada para su inhibición. Y como, de momento, ni las rogativas de antaño están en uso, ni las recién estrenadas verbosidades aletanadas surten hogaño efectos morigeradores, carentes todos de pluviómetro adecuado y con unos hombres del tiempo sorprendidos por sus propios errores de predicción, así vamos tratando de abrírnos camino y encontrar refugio.

Es precisamente en este contexto en el que se exige un esfuerzo de lucidez colectiva y personal, con el fin de no confundir la realidad con el deseo, pero también con el de no desconocer lo real por culpa de ciertos estados de ánimo que, por ser depresivos, nos impidan ver la cosecha que apunte, a pesar de todos los pesares.

2. SER LAICO

En el presente artículo, pues, vamos a tratar del educador laico en la escuela en la que trabaja; por lo tanto, sólo una parte de los católicos (los laicos) se vería aquí reflejada, si bien muchas de las afirmaciones que vayan vertiéndose al respecto serán, al menos parcialmente, de aplicación para todos los creyentes.

El hecho de que el laicado católico haya ido cobrando una importancia cada vez mayor en el tiempo, sobre todo después del Concilio Vaticano II, puede explicarse de maneras muy diferentes, no todas ellas igualmente correctas, sin embargo, de modo que, con el deseo de evitar al máximo los equívocos, creemos necesario decir algunas palabras sobre la identidad del laico.

A tal efecto, empero, no bastaría con una definición negativa; si fuese suficiente con decir que laico es todo aquel que no es clérigo algo habríamos ganado, pero no demasiado, sobre todo si al clérigo, por su parte, le definiésemos como aquel que es no-laico. Así pues, y para comenzar por alguna parte, podríamos convenir, sin excesivos entusiasmos etimológicos, en que «laico» (de «laos», pueblo de Dios) es el que, en una primera aproximación, pertenece al pueblo de Dios. Sin embargo, más exactamente, dentro de ese pueblo a su vez se diferencian los clérigos y los laicos propiamente dichos, estos últimos sin los carismas ni atribuciones del clero, y, por lo tanto, no puede hablarse, contra lo que quería Lutero, de *allgemeine Priestertum* o «sacerdocio universal», pues sólo los sacerdotes son sacerdotes.

Así las cosas, a su vez, entre los laicos los hay que se conforman con haber sido bautizados y no volverse a preocupar más de su condición laical, cosa ciertamente triste, aunque frecuente entre el *laico-laicizado*. Sin embargo, el laico con conciencia de laico y con voluntad de tal (el «*laico-laico*», valga para entendernos la expresión) es aquel que se esfuerza por vivir con mayor nivel de profundidad la fe en que ha sido bautizado, y en la que desea continuar.

Esta simple y elemental distinción ahorrará muchas de las confusiones usuales, pues a la hora de la verdad no es fácil, operativamente, contar con todos los laicos en orden a la transformación testimonial de la escuela, sino tan sólo con esa minoría para la que su fe operante es motor existencial e impulsor de su vida.

Ocurre, incluso, que la gran mayoría de laicos que lo son tan sólo sociológicamente y que no han hecho una seria opción de fe, a la hora de la verdad no sólo no es capaz de catequizar, sino que ella misma ha de ser previamente catequizada, o incluso sirve de freno para la labor desarrollada. No se trata, en cualquier caso, pese a lo que acaba de insinuarse, que los «laicos-laicos» sean ni mejores ni peores que los «laicos-laicizados» o laicos sociológicos, ni de que aquéllos sean laicos de primera división y estos otros laicos de segunda, del mismo modo que tampoco es el primero un sustituto del clérigo, ni un hemiclérigo para tiempos de escasez: Se trata tan sólo de reconocer que hay gente para la que cuenta más lo religioso que para otra clase de gente, incluso en el seno de un mismo pueblo de Dios.

Realizada esta primera delimitación general, otras distinciones también son posibles, de modo que cabe señalar dentro del laicado las siguientes subclases, *todas ellas con una inadecuada conciencia laical*, y así, por ejemplo, está:

El *laico «especializado»*, buen perito en lo suyo, por ejemplo, en matemáticas, pero con un primitivismo teológico que sorprende, lo que le pone muy cuesta arriba para ser un buen educador católico, ya que apenas está formado en este terreno.

El *laico «dislocado»*, que se obstina en dirigirse hacia el Polo Norte atravesando el Polo Sur, y que para defender su propia identidad se afilia impenitentemente a Partidos, Sindicatos, u Organizaciones Ciudadanas que a la hora de la verdad son agnósticas en su opción, cuando no incluso manifiestamente antiteas.

El *laico «escorado»*, que toma por religiosos referentes puramente políticos, ya sea en la vertiente derechista, en la izquierdista, o en la centrista, actitud propia del integrismo que pone lo religioso al servicio de lo político, del signo que fuere.

El *laico «con vocación de sacristanado»*, flotilla últimamente muy deslucida, pero antaño abundante, que se empeña en girar en torno al atrio o la sacristía, siendo casi la única nota pública que nos advierte de su existencia el tañido de la campana.

El *laico «pío»* de práctica, pero sin profundidad teórica, incapaz de someter a crítica a los mitologemas de la modernidad y, por ende, inoperante a la hora de su obligada presencia escolar.

Y, finalmente, por no alargarnos, tampoco es novedad el *laico «ilustrado»*, de mucha teoría católica, pero de escasa o nula práctica, sin fuerza de ejemplaridad.

Puede el lector dirigir, así las cosas, su imaginación en la dirección destrógrica, y sin duda descubrirá nuevas actitudes laicales, en las cuales no hay

que olvidar que una cosa es ser laico, y otra parecerlo. Por desgracia, estas subespecies de laicos traídas a colación tienen más de parecerlo que de serlo. De ahí que, ante la carencia de un laicado auténtico, hablando en términos acaso un poco pesimistas porque luego resulta que la gente en el fondo es mejor de lo que parece, lo cierto es que si se encuentra en una situación delicada en su condición de tal, también tenía que estarlo en la escuela, o, para ser más exactos, su situación será aún más delicada, pues otras nuevas dificultades se le añaden al educador provenientes del exterior.

3. EL LAICO EN LA ESCUELA: UNA SITUACION DELICADA

En primer lugar, y después de reconocer, como lo hemos hecho, que nuestro laicado no es (no somos) todo lo evangélico ni todo lo serio que debiera, tenemos que pasar a disipar un malentendido al que la fuerza de la costumbre y el clima social imperante han llevado, y es a la falsa equiparidad entre «escuela laica» y «escuela agnóstica» o, incluso, escuela antirreligiosa. En la actualidad, es cada vez más frecuente entender por «laico» al irreligioso, al ateo, cosa que es manifiestamente errónea, como hemos dicho. ¿Por qué se ha llegado a esta situación? ¿Por la burda identificación de creyente con clérigo? ¿Por la irrelevancia del laicado católico español a lo largo del tiempo? ¿Por la ignorancia de los que siendo irreligiosos y, por ende, anti-laicos dejan denominarse con nombres que nos les corresponden?

El caso es que en las escuelas públicas, en general, y en las privadas no regentadas por religiosos o religiosas, en particular, el ambiente que el laico se encuentra es francamente duro: Allí suele imperar un clima, ya sea de ausencia de preocupación religiosa, ya sea de cierta enemistad o de abierta hostilidad. En tales circunstancias, el mantener el propio proyecto de fe cuesta trabajo, y más aún el tratar de hacerlo extensivo en medio de un ambiente tan hostil alrededor. La crisis de identidad, la ausencia de convicción en las estructuras sociales, la consiguiente inseguridad, y la carencia de personalidad, el contagio de la progresiva secularización del mundo, la pérdida de la emoción religiosa, la debilitación de un sano sentido de la libertad y de la autoridad, no son más que algunas de las múltiples dificultades que no sólo sienten los jóvenes y los adolescentes, sino los propios maestros de nuestra época, pudiendo incluso afectar a los propios creyentes no muy crecidos en su fe.

Así las cosas, en un clima neoexistencialista, donde la crisis de hartazgo de los unos coincide con el hambre de los otros, donde la democracia se ha transformado más que en poder popular en litispendencia en torno a la concesión de tiempo para el bocadillo (democracia de estómago), en un tiempo de nihilismo «comfortable», en un tiempo donde la burguesía impone la moral del éxito que pretende compatibilizar ética cívica pública y vicio privado, en un tiempo de progresía *jet set*, donde se va por la vida de izquierdas,

pero con frecuentes juicios como el de François Sagan —«No me interesan los debates ideológicos, lo importante para mí es la libertad, pues en política sólo tengo reacciones instantáneas»—, en un tiempo en que, como ha dicho Oliver Clément, «el yo es un teatro de sombras, de personajes neuróticos, cuyos hilos no manejamos, más bien son ellos los que nos manejan a nosotros»², en un tiempo tal, la verdad, no basta con tener una vaga perspectiva laical ni para mantener la fe, ni mucho menos para educar a otros en la fe, siendo, por ende, muy preciso estar bien pertrechado en todos los terrenos, y actuar con mucha seriedad, para que, con la presencia de la humildad operante, se pueda caminar en la dirección del testigo de la fe, en este caso testigo, en la escuela, de la fe.

Procurar suscitar la libertad respetuosa con los demás, la responsabilidad constante, la sincera y permanente búsqueda de la verdad, la crítica equilibrada y serena, la solidaridad y el servicio hacia todos los hombres, la sensibilidad hacia la justicia, la especial conciencia de ser llamados a la condición de agentes positivos de cambio en una sociedad en continua transformación, todo eso exige mucha voluntad laical, y, de hecho, no siempre los laicos sentimos como debiéramos la responsabilidad personal en orden al descubrimiento de vocaciones profundas.

Así pues, el absentismo laical, constante de nuestros días, se contrapone a la necesaria presencia de un laico testigo de su fe y solidario de ella. Frente a la racionalidad instrumental al uso es precisa la racionalidad comunicativa.

4. EL COMPROMISO DEL LAICO EN LA ESCUELA

Pues bien, como no basta con lamentarse con la insuficiencia laical de nuestros días, hay que tratar de cambiar, *en orden al compromiso laical*. Veamos, por lo tanto, algunos de los rasgos que ha de potenciar el laico auténtico en su compromiso con la comunidad escolar.

- A) *Ser un buen profesional*, dominando en lo posible la propia disciplina que uno enseña, lo que evidentemente exige una dedicación mucho mayor de la habitual, y sin lo cual todo lo demás es puro camelo, pues nadie se deja dirigir por incompetentes profesionales, siendo decepcionante el comprobar cómo, a la vuelta de unos años, los profesores a los que incluso habíamos admirado, ahora nos parecen unos ineptos.
- B) *Integrar el saber profesional en la fe, sin disociación*, antes al contrario, con una fuerte unidad simbiótica, de modo que explicar contenido sea a la vez dar forma de fe, pudiendo ésta ser contemplada y percibida vivencialmente como experiencia fundante y fundamentadora.

² O. CLEMENT, *Sobre el hombre*. Ediciones Encuentro, Madrid, 1982, p. 5.

- C) *Saber elevar esa unidad de forma y contenido al nivel teológico y también filosófico* con que poder discernir las ofertas de la cultura contemporánea, no solamente para nutrirse de sus aspectos positivos, sino para evitar también el contagio de sus mitologemas, así como para proponer frente a ellos valores más profundos.
- D) *Encarnar esa síntesis entre fe y cultura en una experiencia viva y vivida*, tanto individual como comunitariamente, no siendo fácil funcionar aisladamente, ni tampoco recomendable, ni propio de quien dice tener fe.
- E) *Tener voluntad misionera*, expansiva, propositiva, sin defensas numantinas ni filosofías de ghetto, que a la postre se abren con armas y bagages a la secularidad, en que progresivamente diluyen la fe.

Desde estas líneas generales, la voluntad militante al laico se le supone: «El acontecimiento será nuestro maestro interior», decía Mounier. Millares de iniciativas y de esfuerzos se concintan en esta dirección, sin temor a ninguna forma de escolasticismo, y entre ellas podrían citarse a título de ejemplo tan sólo algunas, tales como:

- Opción organizativa por la paz, tomando parte en movimientos antiviolentos, antimilitaristas y antiarmamentistas, pues la violencia es la antítesis de la escuela.
- Colaboración con los movimientos que hacen sociedad civil, por ser la sociedad civil el único espacio público donde los ciudadanos trabajan cara a cara y donde la presencia verticalista del Estado disminuye: Pequeñas asambleas de vecinos, asociaciones culturales, recreativas, ayuntamientos no muy grandes, ateneos, fábricas, barrios, etc.
- Estimulación de la capacidad de pensar y del ejercicio de la crítica, enseñando a nuestras gentes más cercanas a no dejarse engatusar por el poder, y a saber discernir su ejercicio.
- Promoción de la autocrítica, ascenso de los niveles de lectura, dinamización de la cultura, y lucha frente a cuanto de zafio, basto, chavacano, grosero y, en general, porno nos ofrecen los medios de masa, creando frente a ello a la par órganos de expresión propios donde aglutinar ideas y corrientes de opinión.
- Aliento ya desde la escuela de algo más que una pedisecua repetición de los textos, sirviéndose de ellos no sólo para la escuela, sino también para la vida, ya que la escuela no es sólo el aula.
- Vinculación de la escuela al barrio, tratando de subvenir a las necesidades existenciales de nuestros alumnos, de sus padres, del clima convivencial, para lo cual se precisa cercanía del maestro: Sólo se educa *in situ*, y el resto es enseñanza a distancia o por correspondencia.

- Asunción de la problemática aludida tras el tiempo escolar, haciendo escuela de adultos y padres.
- Transformación de los padres y adultos en maestros colaboradores y amigos.
- Ruptura de los horarios clásicos de funcionariado, haciendo coincidir la jornada laboral y la jornada vital.
- Investigación con los demás miembros de la comunidad educativa de todo lo que afecta a todos, pasando así de la interdisciplinariedad a la intervencionalidad.
- Asunción de las tareas administrativas y auxiliares, así como las del personal subalterno, ocupando rotativamente esos puestos, pensando en un futuro donde cualquiera pueda incorporarse a la cultura y esté capacitado para asumir el papel de educar.

Estas y otras pinceladas podrían considerarse más detalladamente, sin pretender magnificar nada, pues al que trata de magnificar su propio compromiso y luego busca extenderlo exageradamente a los demás puede ocurrirle lo que a aquel individuo, que le dice a otro: «¿Qué harías tú si te vieras acorralado por un toro en un callejón sin salida, donde no hubiera árboles, ni ventanas a donde subirte, ni vecinos a quienes pedir auxilio...» «¡So canalla, usted lo que quiere es que me pille el toro!», respondió el apretado.

5. EL SERVICIO DEL LAICO EN LA ESCUELA

En el anterior epígrafe veíamos algunas de las innumerables tareas a realizar por el laico; queremos añadir que esas tareas están vocacionadas por una actitud de *servicio*. Lo que importa al laico que ha hecho opción de servicio no es llegar antes, sino llegar mejor. Puede que unos lleguen a la meta en bicicleta, otros en helicóptero, otros andando, pero lo importante es llegar y llegar bien, aunque los unos miren mientras las «fascinantes» musarañas, y los otros se dediquen a «darse la vidorra» o pongan todo su afán en obtener pingües beneficios como fuere, o se esfuercen en ir de guaperas o de marchosos por el aula, o tengan mentalidad de ejecutivos con *stress* de chalet.

No es el aumento de salario, sino la abolición de los salarios lo que nace del maestro, no es la configuración piramidal en cuya cúspide está el director y en la base los encargados de la limpieza; no es la diversidad de categorías, sino el común denominador del servicio; no es el andar buitreado pelas, ni siquiera bajo el sarcasmo usual del «a nadie le deprime un millón de pesetas»; no es el aciburria total, el pestiño, la justificación del chorizo

docente, como tampoco la acomodación a la demanda alumnal de los que dan un brazo por no despojarse de su cazadora de cuero; no es, en suma, ese dragón de polivalentes cabezas llameantes que no permite avanzar.

Para quien concibe la escuela como vocación de servicio, ella deviene pequeño fermento vigilante, porque sabe que a la escuela dormida se la lleva la corriente (mundo de la beocia televisión, del poder, del escaparate, del dinero) y que a la escuela «integrada» en el engranaje la desintegra el engranaje mismo (*curriculum*, diplomas, títulos, *gaudeamus igitur*).

Una escuela chirriante, crítica, cuestionadora de las seguridades de los satisfechos, una escuela testigo del hombre nuevo es la que no se contenta en modo alguno con esa sutil abdicación de tiempos difíciles que es el mero ejercitar el *clay-play-way* (labores de cestas y arcillas, juego, paseo). También a la escuela le ocurre lo que al vino, que agría al malo y mejora al bueno, y que a la larga el que acaba haciendo cestas después de haber prometido comerse el mundo nunca estuvo cerca de la soledad del desheredado de fondo: Lo suyo fue mero ahuecar las tareas vacías sentado en un banco.

Aquel que entiende la escuela como servicio no rehuye la noche. Sólo se responde al dolor de los pobres y de los malescolarizados cuando se siente en carne propia su pobreza, pudiéndose decir entonces con Faulkner: «*Between grief and nothing, I choose grief*» («Entre el dolor y nada, escogí el dolor»); si bien no escogerá el dolor por el dolor para quedarse con nada, tampoco escogerá la nada. De todas maneras, nadie puede olvidar que el dolor también desgasta, y que se sobrelleva mejor compartido, pues de lo contrario aparece en escena, a lo lejos, aquel famoso adagio latino «*omnes vulnerant, ultima necat*» («todo hiere, lo último mata»).

En una actitud de servicio nadie puede, en fin, olvidar que la paciencia es cuestión clave, y que la catacumba pedagógica exige también mucha esperanza, como la que tenía el maestro de Carrasqueda, según Miguel de Unamuno:

«Mira, Ramonete: Se me ha dicho mil veces que mi voz ha sido de las que han clamado en el desierto... ¿Sermón perdido! Yo mismo os repetía en la escuela, cuando tú no me entendías: "Es como si hablara a la pared". Pero, hijo mío, las paredes oyen; oyen todo... Mira, Ramonete: Nada muere, todo baja del río del tiempo al mar de la eternidad y allí queda...; el universo es un vasto fonógrafo y una vasta placa en que queda todo sonido que murió y toda figura que pasó... Las voces perdidas y muertas resucitarán un día y formarán coro, un coro inmenso que llene el infinito... ¡Habla y enseña, aunque no te oigan!... Soy una voz que se apaga en el desierto...»³.

³ M. de UNAMUNO, *El maestro de Carrasqueda*. (Este texto sirvió también de despedida de su larga labor educativa a don Tomás García de la Santa el 23-IV-83.)

Y todo esto de la paciencia que conste que es una cruz, y que no «enrolla» demasiado, pues si el joven puede decir «es un palo, tío», el adulto todavía lo lleva menos claro, porque para un adulto de sesenta años el tiempo transcurre de cinco a diez veces más rápido que para un niño de diez años⁴, con lo cual lo deseado no llega, a la vez que corre veloz... Pero acaso el arte de la insenescencia o capacidad de no envejecer escolarmente radique justamente en ese difícil arte y en este envidiable equilibrio.

6. LA UNICA UTOPIA REALIZADA

No hay servicio sin voluntad de seguir en primera persona tras las mejores huellas; por eso, no se trata de teorizar, y por eso tampoco puede decirse con Montaigne: «Yo no enseño, narro». Pues sabemos que no hay maestro neutral, sino que el suyo ha de ser un ofrecimiento basado en el testimonio, ofrecimiento que «no puede hacerse fríamente y desde un punto de vista teórico»⁵.

Y justamente la voluntad de testimonio adquiere sentido para el laico cuando sigue el camino previamente recorrido por Jesús, encarnación y testimonio por excelencia y en plenitud, única utopía realizada.

Jesús es también la imagen viva de la enseñanza para todo el que quiera acercarse al buen quehacer pedagógico:

Jesús se presentó como modelo a seguir: Se presentó como el Camino, la Verdad y la Vida; todo el que crea en Jesús ha de remitir a El.

Jesús instó al saber, pero no a la sabiduría que los hombres juzgan tal, sino a la que en muchas ocasiones los hombres desprecian; todo el que crea en Jesús debe preferir a Dios antes que a los demás saberes, necios siempre si se pretenden comparar con El.

Jesús potenció el vivir, y no un mero acamidecismo; el seguimiento de Jesús exige romper los muros de la Academia y aprender para la vida.

Jesús invitó al con-vivir y al com-partir, en un movimiento de solidaridad fraterna; el seguimiento de este modelo exige solidaridad y fraternidad.

Jesús alentó hacia el dominio de la tierra y hacia la humanización de la creación toda; seguir a Jesús exige respetar la creación y hermanarse con ella.

Jesús enseñó a dar gloria a Dios y a buscar el Reino; el que quiera enseñar debe siempre recordar esa enseñanza recibida.

⁴ J. M. CABODEVILLA, *Consolación de la brevedad de la vida*, BAC, Madrid, 1982, p. 45.

⁵ Cfr. *El laico católico, testigo de fe en la escuela*, Roma, 1982.

Jesús fue el mejor pedagogo de la cercanía, de la solícita atención a los detalles, de la singularidad: Notó cómo la hemorroísa tocaba el borde de su túnica, supo ver el vuelo de las aves del cielo; puso en práctica una pedagogía del esfuerzo («Vigilad, sed sobrios»), de la entrega máxima, de la exigencia, pero a la par de la lúcida confianza, de la gratuidad; no dio por perdido nada de antemano, y hasta el último momento ofreció su solidaridad, incluso en la cruz, a los crucificados de los maderos cercanos al suyo.

Jesús es la antorcha viva para el que quiera seguirle, pese a todas las posibles civilizaciones (de alguna forma hay que denominarlas) consumistas y manipuladoras. También Jesús vivió en una sociedad manipuladora y consumista en aquellos tiempos: Sigue bastando el ejemplo de Jesús para superar con él el consumismo y amar con él al hombre y a Dios. Cuantos más sean los obstáculos en el camino, más fuerte ha de ser nuestro seguimiento de Jesús, que libera de impedimentos y de miedos, y que nos enseña.